

⁵ Así lo señalaba Vitier en sus conferencias sobre Lo cubano en la poesía de 1957: «El ocultamiento de raíz marina y la apertura aérea de nuestro ser, nos permitirían una recepción excepcionalmente libre y fecunda de las esencias más espirituales de la cultura. Venturosamente al margen, en lo posible, del siniestro curso central de la Historia, y limpios de ese resentimiento con España y Europa que mancha, obsesiona y fanatiza el alma de otros pueblos hispanoamericanos, estaríamos en una disposición privilegiada para rescatar las alegrías matinales de la creación, si fuéramos capaces de entrar en contacto con las fuerzas positivas que laten detrás de nuestros vicios y flaquezas» (582).

⁶ Para Lezama, el centro de resistencia hispánico lo constituye el «roquedal castellano», cuyo equivalente americano es «el espacio gnóstico, abierto» del Nuevo Mundo (Confluencias 291). Dicho espacio gnóstico — que recibe, incorpora y resiste en su diferenciación— se observa, según Lezama, en el Valle de México sobre el que operó el Primero sueño de Sor Juana Inés de la Cruz, en «la zona andina sobre la que operó el barroco, es decir, la cultura cuzqueña», en «las coordenadas coincidentes en la bahía de La Habana» (Confluencias 285) sobre las que Gaztelu escribió su «Romance de la bahía de La Habana» (Verbum 1.2 [1937]: 26-28) y, como veremos en la segunda parte de este trabajo, en la noche insular sobre la que operaron numerosos textos origenistas per-

de la segunda generación de la República, agrupados en torno a la *Revista de Avance* (1927-1930), sentían que les faltaba:

Si para el ser cívico teníamos sobrado con la lección de los creadores de la patria, el ser cultural, el más auténtico ser del hombre, requería más profundos cimientos, más hondas raíces (Baquero 263).

De estas observaciones de Baquero sobre la necesaria revaloración y asimilación espiritual del siglo XIX cubano por las nuevas generaciones, se puede extraer un corolario que atañe a España como parte integrante e insoslayable de ese pasado y, por lo tanto, de la identidad nacional: un acercamiento más reflexivo y tolerante a la sustancia espiritual de la ex-Metrópoli permitiría a los creadores cubanos lograr un mejor conocimiento de sí mismos y encaminarse por vías más seguras hacia la consecución de una expresión nacional de carácter y relevancia universales. Lograr tal expresión constituía la preocupación central del grupo. Alejados tanto de la mentalidad culturalmente colonizada que desprecia lo nacional, como del prejuicio provinciano y chauvinista ante lo extranjero, los origenistas proponen que la creación y la expresión nacionales debían retomar libre y fecundamente sus originales impulsos foráneos⁵.

Además, la expresión americana (de la cual la cubana es una modalidad), en sus momentos de mayor esplendor, había mostrado ser, según Lezama, un «protoplasma incorporativo» de diversas influencias foráneas. Esta «voracidad», sigue explicando Lezama en su ensayo *La expresión americana* de 1957, tiene una herencia esencialmente hispánica: obligado por su historia, el español ha tenido «el genio de ser influenciado», pero siempre a partir de un centro de fundamentación y resistencia de raíz hispánica; de ahí que en España «las influencias no puedan ser caprichosas o errantes, sino esenciales y con amplia justificación histórica». El duro centro de resistencia hispánico recibe las influencias, asegura Lezama, «con reverencia ética, con fervor ascético» (Confluencias 291)⁶.

Entre esos impulsos o influencias foráneas, lo hispánico ocupaba, pues, para los escritores origenistas, un lugar preponderante. Así parecían exigírsele, por diferentes razones, la propia historia de la Isla (400 años de colonialismo español), la circunstancia sociopolítica de los años de *Orígenes* (la intromisión norteamericana en los destinos de la República) y el instrumento de expresión de todos ellos, la lengua española. El dominio y el enriquecimiento de la expresión nacional mediante la asimilación de la virtuosa técnica de la prosa y poesía barrocas españolas significaban, para muchos origenistas, un afán de realización vital en la plenitud y solidez verbal hispánica. Este acercamiento prioritario a España constituía, pues, en realidad, un mayor acercamiento y una mejor definición de una modalidad

de *lo cubano* a partir de sus momentos de fundación, de sus *orígenes*. Por esto aseguraba Vitier que:

Frente a esa imagen constante y normal de lo cubano, se ha levantado siempre, solitario y heroico, el empeño fundacional de la trascendencia, de la gravedad, de la sustancia, alimentado cada vez de modo distinto en la raíz hispánica, como lo muestran los casos de Martí y de Lezama, concluyentes a este respecto (*Lo cubano* 576).

En la obra individual y colectiva del grupo «Orígenes», Baquero encontraba, pues, una continuidad de esa «voluntad cultural genuina» que habían estrenado los escritores de la generación anterior. Pero en el nuevo contexto sociopolítico de los años de «Orígenes» (son los años de la frustración republicana posmachadista, el entreguismo de una parte importante de la burguesía nacional y la creciente influencia norteamericana en la Isla)⁷, dicha voluntad o tendencia cultural se volvía a plantear con diferentes perspectivas y propuestas de solución: «La nación había consistido en una dilución de sus jugos, en un escaparse sus aromas mejores —afirmaba Baquero—. Se imponía concentrarla en espíritu, en forma, en expresión» (264), es decir, encontrarle, crearle y fijarle una *tradicción* que sirviera de bastión de salvación y resistencia a la identidad nacional frente a los agentes externos e internos de desintegración⁸. Esta tradición no se entendía como una suma pasiva de instancias del pasado sino como «una imagen que busca su encarnación, su realización en el tiempo histórico, en la metáfora que participa»: una «tradicción por futuridad», dinámica y ejemplar, capaz de indicar más nobles derroteros al cubano, se explicaba en *Orígenes* (6.21 [1949]: 61).

Lejos estaban los origenistas de pensar que la fijación de una peculiar tradición nacional implicara una necesaria ruptura con lo hispánico, sino todo lo contrario. Analizando la pretendida ruptura con España y la protesta antihispánica de Fray Servando Teresa de Mier, Lezama califica de «sorpresa muy americana» el hecho de que cuando el hombre americano cree romper con la tradición hispánica, en realidad la reencuentra en él, agrandada (*Confluencias* 249). Para el americano, esta relación con su tradición constituye, además, una garantía de la mayor calidad y futuridad de su empresa vital. Así lo percibe Lezama en el «herético» fraile mexicano:

Su proyección de futuridad es tan ecuánime y perfecta, que cuando ganamos su vida con sentido retrospectivo, desde el hoy hacia el boquerón del calabozo romántico, parece como lector de destinos, arúspice de lo mejor de cada momento. Creador, en medio de la tradición que desfallece, se obliga a la síntesis de ruptura y secularidad, apartarse de la tradición que se resguarda para rehallar la tradición que se expande, juega y recorre destinos (*Confluencias* 250).

Por eso el grupo, al buscar concentrar en una tradición salvadora y resistente las esencias espirituales de la nación, se identificó primero con la

meados de influencia sanjuanista.

⁷ Según Oscar Pino Santos, el sistema de dominación imperialista yanqui en Cuba experimentó algunos cambios sustanciales entre 1934 y 1958: «El periodo semicolonial había llegado a su fin —mayo de 1934: abrogación de la Enmienda Platt— para abrir paso al inicio de un periodo neocolonial» (52). Con la llegada de Fulgencio Batista, hombre de confianza del gobierno estadounidense, al poder, en 1940, se agudizó aún más la influencia norteamericana en la Isla (Darushenkov 42).

⁸ Preocupada por la situación sociopolítica del país, Orígenes afirmaba en 1949 lo siguiente: «Lo que fue para nosotros integración y espiral ascensional en el siglo XIX, se trueca en desintegración en el XX... [L]as fuerzas de desintegración han sido muy superiores a las que en un estado marchan formando su contrapunto y la adecuación de sus respuestas». Pero esta corrupción política y sus efectos negativos sobre la supervivencia de la nación podrían ser contrastados, opina Orígenes, «si en otros sectores del gusto y de la sensibilidad» se proyectara «un deseo de crear, de mantener una actitud de búsqueda de lo capital y secreto» de la identidad cubana. Esta era la misión poético-política del grupo: alcanzar, en «un país frustrado en lo esencial político», «virtudes y expresiones por otros cotos de mayor realeza» como eran, según la revista, la cultura y la creación (poiesis). De

España clásica (Renacimiento y Siglo de Oro) y contemporánea (republicana), y después, en *Clavileño* (tercera revista, editada por una parte del grupo entre 1942-1944), con el período colonial cubano, fundamentalmente el siglo XIX⁹. Según Vitier (uno de los directores de *Clavileño*), las esencias de *lo cubano en la poesía* incluyen «un cúmulo de valores y significados que han ido revelándose en el proceso histórico» de la Isla: algunas de dichas esencias atraviesan la poesía cubana «desde los orígenes hasta hoy, otras tienen su mayor vigencia en la Colonia, otras aparecen o se definen más visiblemente con la República» (*Lo cubano* 574).

Este nuevo acercamiento a España (y a lo hispánico) tenía también, de manera consciente o intuitiva por parte del grupo, una función política: significaba una actitud de oposición a la creciente influencia anglosajona en la Isla. Se trataba de fijar lo hispánico no sólo como componente fundamental, entre otros, de una identidad nacional no-anglosajona, sino también como sólido bastión desde donde comenzar a *resistir por el espíritu* los embates desintegradores de la nación provenientes del exterior.

Este acercamiento a España no implicaba en forma alguna un restablecimiento de las antiguas cadenas coloniales, sino un diálogo de amistad libre y fecundante, pues confiaban en la capacidad del espíritu cubano de escapar siempre a toda sujeción y realizarse más allá de los avatares políticos y económicos. Por eso afirma Vitier que si en lo económico y hasta político, Cuba, como fruta madura de una rama lejana «del árbol hispánico», había caído en las manos del imperialismo norteamericano, vistas las cosas «desde el ángulo espiritual, comprobamos con asombro que no, que la fruta no cae en las manos yanquis, sino que se deshace y evapora en la brisa como un perfume inapresable», porque

espiritualmente nos escaparemos siempre, en la sabrosa onda inapresable del pueblo y en la flor alta y libre de nuestra sensibilidad, a las pujantes simplificaciones norteamericanas, del mismo modo que nos escapamos de las ancestrales obstinaciones españolas (*Lo cubano* 584).

En su acercamiento a España, *Espuela de Plata* y, años más tarde, *Orígenes*, pondrán énfasis, como ya vimos, en la España republicana que representaban sus ilustres exiliados. Al tomar partido, de manera implícita, contra la dictadura fascista de Franco, los origenistas se colocaban a favor de los ideales democráticos que también estaban en crisis en la Isla: «Tendrá que ver/ cómo mi padre lo decía:/ la República.../ Yo, que no sé/ decirlo: la República», escribió por aquellos años el origenista Diego (64-65). Para el grupo, esa república ideal que en Cuba era un espejismo, venía a encarnarse en los españoles exiliados en las Américas. Asimismo, la recta conducta personal y los ideales humanistas que mostraban aquellos exiliados hacían más factible su presencia en las revistas del grupo, pues era ya

esta forma, lo político se integraba a lo poético (la imagen), se preservaba allí, se mejoraba, en espera de su próxima encarnación o resurrección en la historia. Orígenes confiaba, por tanto, en la consecución de una poesía nacionalmente ejemplar: una poesía que, al mostrar «una realidad aún intocada» pero «deseosa de su encarnación», cobrara «su tiempo histórico» y entregara «claridades y agudezas que despertarían advertencias fieles» en sus compatriotas (6.21 [1949]: 60-61).

⁹ Al respecto véase «El siglo XIX cubano y la fundación de una tradición nacional» en mi tesis doctoral *El grupo Orígenes y la eticidad cubana: recuento de un proceso*, págs. 175-179.